

San José, Costa Rica

1925

Lunes 18 de Mayo

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Los restos de Ganivet.*—*Cartas abiertas*, por Edwin Elmore.—*Una peregrinación a Snobismdjah*, por Alberto López Machado.—*Tablero.*—*Un canto de vida*, por Carlos Rodríguez Pintos.—*Oración en las honras de Ganivet*, por Eugenio D'Ors.—*El arte de no aderezar los restos*, por Eugenio D'Ors.—*Angel Ganivet*, por Luis de Zulueta.—*Ganivet en España y El personaje del drama*, por Luis Bello.—*Pastorelas*, por Edmundo Velázquez.—LA EDAD DE ORO (con lecturas para niños).

Los restos de Ganivet

—Editorial de *El Sol*, Madrid, de 20 de marzo de 1925—

Los estudiantes de Madrid han tenido una excelente iniciativa al organizar una sesión en honor de Angel Ganivet, con ocasión del paso de sus restos por Madrid, camino de Granada. El telegrama del Ayuntamiento de Granada en que se encarga al alcalde de Irún que salga al encuentro de tan preciados restos, al llegar a la frontera española, ha herido la sensibilidad de cuantas gentes se dan cuenta de que un pueblo que no honra a sus espíritus superiores no se honra a sí mismo.

No es posible dejar que Ganivet pase por España, en este su viaje último, sin que se recuerde a las gentes que no se trata de un cualquiera, sino de un momento de la historia de España, porque el pensamiento de un pueblo es lo más profundo de su vida, y no cabe duda de que Ganivet es un momento del pensamiento español. Ganivet es uno de los hombres que con más energía mental se han preguntado por lo que España sea y deba ser.

La obra de Ganivet no se ha aquilatado todavía. Los estudios que han hecho de su vida y obras D. Melchor Fernández Almagro y D. Quintiliano Saldaña, con ocasión del premio Charro-Hidalgo, del Ateneo de Madrid, no han visto todavía la luz pública. (1) La influencia de Ganivet tampoco ha sido justipreciada. Nos imaginamos que en el Ayuntamiento de Granada no serán tal vez muchos los concejales que puedan decir con alguna precisión lo que hizo Ganivet. Y, sin embargo, a Granada dedicó algunos de sus mejores trabajos.

¿Qué quedará de Ganivet? ¿Se le estimará más por la belleza de su estilo? ¿Por la mucha cultura? ¿Por el pensamiento? ¿Por el patriotismo local? ¿Por el patriotismo nacional? ¿Por haber sido, quizás, el primer español en que parecen reconciliarse liberales y tradicionalistas? ¿Será tal vez el romanticismo de su vida lo que destaque sobre sus cualidades de patriota y hombre culto? ¿Hasta qué punto contribuyeron a su triste muerte los desastres de su país? ¿Hasta qué punto fué la soledad espiritual la verdadera causa de que su espíritu se dejase arrollar por la pasión que le condujo a la locura y a la muerte?

(1) Acaba de publicarse: *Vida y Obra de Angel Ganivet*, por Melchor Fernández Almagro. Editorial Sempere. Valencia.



Ganivet

¡Extraña figura! ¡Sombra robusta! Ganivet se mata en las horas en que el Tratado de París se negocia. Entonces parecía que todo había concluido para España. ¿Estaremos muertos sin darnos cuenta de ello? En aquel final del otoño de 1898 todos estábamos arrecidos de frío y de incertidumbre respecto del porvenir. Cuando llegaron a España noticias de su muerte, sus fieles amigos, como Navarro Ledesma, Pepe Cubas y Constantino Román Salamero, empezaron a propagar la idea de que había muerto un espíritu de superior valía.

Poco a poco fueron leyéndose sus obras, aun antes de que se hicieran nuevas ediciones, en los restos no vendidos de las primeras. La fama de Ganivet se hizo primeramente de boca a oído y después de su muerte. Ahora, cuando ha llegado al público, se preguntan los cultos lo que realmente ha sido Ganivet. La contestación no es fácil. Una cosa es segura: fué una gran personalidad, porque supo hacerse en vida amigos numerosos que le han profesado culto fiel después de muerto, y ello es bastante para que pueda asegurarse que había en Angel Ganivet una cantidad de fuerza psíquica que tenía, cuando menos, la virtud de hacerse admirar y querer.

Esta es gran virtud. No han tenido otra los fundadores de religiones. Pero cuando no se llega a fundar una religión o una obra duradera, la memoria de esa virtud desaparece con las personas que han sentido la influencia directa del hombre. ¿Ha sido esa influencia personal la que ha creado su prestigio a los libros de Ganivet? ¿O es que la obra de Ganivet debe su valor a haber expresado un momento de la vida espiritual de su país?

Sea la que fuere la contestación que se dé a estas preguntas, lo indiscutible es que Angel Ganivet fué uno de los hombres más considerables de su tiempo. No debe entrar de anónimo en la frontera. Han hecho bien los estudiantes madrileños al proponerse glorificar el paso de sus restos por Madrid.

Cartas abiertas

A propósito del Congreso Intelectual Hispanoamericano

Buenos Aires, febrero 19 de 1925.

Señor don Emilio Roig.

Habana.

Querido amigo:

Seguro de no poder terminar hoy esta carta, me obligo, sin embargo, a empezarla, pues la anterior (1) requiere un complemento por su deshulvanada incoherencia. ¿Mas cómo escribirle desde esta Babel sin reflejar en mis palabras su confusión y su abigarramiento de bazar? De hoy temprano — ahora anochece—conservo la impresión de la calle Florida: *reclames* de todas clases, músicas y pregones, charlatanes, diarios y revistas llenos de anuncios, vitrinas atestadas de trapos y baratijas de carnaval, viandantes con cara de comisionistas, comisionistas con aspecto de «niños bien», damas con aspecto de mujerzuelas, mujerzuelas con apariencia de damas... Menos mal que no se puede decir como Góngora en el soneto inolvidable: «calles sucias, lodo eterno»... porque hay una limpieza ejemplar en todo.

Y sin embargo, no es este el Buenos Aires soñado por el pobre provinciano de la Magna Patria... Se me antoja que existe un contraste grande, fundamental, entre lo que veo y lo que hubiese deseado ver. Este tumulto, este entusiasmo, o mejor delirio mercantil, lo hubiera mirado hasta con placer en cualquier ciudad progresista de los Balkanes; ahí me hubieran dejado indiferente los signos visibles de este pujante cosmopolitismo invasor, pero aquí me inquietan, me desagradan. Me inquietarían y desagradarían menos, si al frente o siquiera al lado de esta agitación urbana, de carácter y de índole que Julien Benda llamaría *belfegorista* (Belfegor es el demonio representativo de los enemigos del alma) apareciese la enseña de nuestra causa. Es verdad que — como los cristianos de las catacumbas — existen por ahí escondidos, azorados y atónitos unos hombres raros que rinden esotérico culto a ciertos idólos que denominan «valores morales» y «valores intelectuales» y hasta existen pequeñas sectas de devotos y creyentes con sus respectivos diáconos y obispos y no faltan los catecúmenos del nuevo y misterioso credo... pero arriba, amigo Roig, ante la luz del sol, en las esferas del poder en todas sus formas ¡cómo «se pavonean los audaces» (para emplear los términos del gran Varona), ¡con qué sonriente voluptuosidad de dominio se niegan a oír y a ver, con qué magnífico cinismo preguntan «¿qué cosa es la Verdad?» los escribas eternos y los eternos publicanos!

Sí, querido Roig, no hay proporción entre la multiforme y febril actividad material de esta urbe y su laboriosidad espiritual. En vano—ahora me convenzo de ello—han querido hablar los publicistas argentinos de un paralelismo y sincronismo entre el desarrollo industrial y económico de la gran República y la formación moral, la educación estética y la articulación mental del pueblo argentino. No, amigo; *Baal*, como buen *crack* está a la punta, y está batiendo *records*. ¿Qué podrán en una nueva Cartago que bajo la Cruz del Sur se empeñe en emular los prodigios de la Tiro del Norte, los indefensos diáconos, obispos y catecúmenos del nuevo credo o de la nueva utopía? Megaterios del periodismo continental, se ha llamado a los grandes rotativos argentinos y hasta se atribuye a un gran crítico—creo que Groussac—la ocurrencia de decir que son *dreadnoughts* manejados por grumetes... Tal es

el descontento que entre los hombres de fina sensibilidad y claro intelecto suscita el modo como llenan sus funciones rectoras de la opinión y de las modas y costumbres los grandes diarios. Son ellos los grandes martillos que día a día, y hasta hora a hora, majan este hierro candente que es la masa humana bonaerense. Y he aquí que los herreros invisibles que manejan el fuelle de la fragua parecen no querer que el hierro que forjan sea duro y resistente sino quebradizo, dúctil y maleable...

Pero hace rato que estoy hablándole con metáforas; y lo que es peor, no le aclaro los puntos que dejé suspensos en mi anterior. Usted disculpará este desorden en gracia a la premura con que intento coordinar mis pensamientos.

Le prometí insistir sobre dos tópicos interesantes: primero (y lo pongo así para no pasarme a la otra banda del Plata) sobre el grave error que en mi concepto, cometen las generaciones nuevas al rechazar algunos valores de las otras; y, segundo, sobre el hecho de participar los uruguayos de este error.

Ahora que he dejado bosquejado — aunque muy a la ligera y mediante figuras un tanto anfibológicas — ese fenómeno de eclipse o inhibición de los factores de la inteligencia crítica y constructiva frente al auge y la preponderancia automática y omnimoda de los valores materiales, puedo exponerle menos confusamente mis observaciones en las catacumbas—casi diría ergástulas—donde murmuran y gimen *los otros*. No particularizaré por ahora, pues obispos y catecúmenos andan mezclados y puedo cometer errores contra las nacientes jerarquías... y quiero respetarlas, en lo posible, para no incurrir en lo propio que censuro.

El error de apreciación en que incurren, a mi juicio, las generaciones nuevas respecto a las anteriores, puede explicarse de este modo, por lo demás cosa frecuente: los hombres, los jóvenes, que asumen en determinado momento histórico, la alta responsabilidad del pensamiento juzgan a quienes ejercieron esa función, en sus actitudes y en sus obras, haciendo uso de un caudal de datos y elementos de comprensión y de análisis de que los otros no dispusieron. Retrospectivamente es fácil conocer los errores y dictaminar el procedimiento que los hubiese evitado; pero acusa falta de ponderación o penetración en el criterio el hecho de inculpar a alguien que carecía de los datos necesarios, la mala resolución de un problema, por cuanto otra persona lo ha resuelto bien (y habría que demostrarlo) después de una previa e indispensable reducción de términos semejantes y la consiguiente eliminación de incógnitas. Voy a referirme al vocero acaso más autorizado de esta actitud: Julio V. González. En un artículo titulado: *La nueva generación argentina en la perspectiva histórica*, González dice (y a esto se le puede citar sin cuidado, pues ya no es catecúmeno, pero todavía no es obispo...): «Los hombres que han vivido una época tienen la obligación de entregar un legado a los que llegan a sustituirlos, y cuando este hecho no se realiza quiere decir que se ha producido un divorcio entre éstos y aquéllos, simultáneamente con el nacimiento de una nueva generación que va a analizar, juzgar y reanudar la marcha con nuevo rumbo mediante el aporte de elementos propios y energías nuevas». «Se desvirtúa así—continúa González—la aparente paradoja que anotaba, haciendo las siguientes relaciones. La nueva generación niega totalmente el pasado histórico, porque no lo encuentra buscándolo a través de la generación precedente. Pero comprendiendo que no puede escapar a la ley que le impone reconocer su filiación histórica, se desvincula de la predecesora, para interpretar por su cuenta el pasado y buscar en él las raíces recónditas de ideología propia. Se coloca con esto—sigue González—en una situación de la más absoluta libertad; libertad para juzgar, porque en principio no reconoce nada; para orien-

(1) Véase en el N.º 6 del REPERTORIO AMERICANO, tomo en curso.

tase, porque no acepta ideas hechas. Abre, en último análisis, una amplísima perspectiva histórica—por encima del estrecho horizonte que se dió la generación anterior—y al hacerlo responde a la continuidad histórica y la consagra».

No he de ocultar que, en lo sustancial, estoy de acuerdo con las intenciones críticas y con la actitud de severo examen y de esfuerzo de renovación que implican las citadas frases; mas es preciso hacer distinciones y reparos de importancia; pues en mi concepto, el modo preconizado por González para restablecer la continuidad histórica, remontándose hasta la generación de 1837 y haciendo — aunque explícitamente no lo dice — tabla raza de los valores intermedios, no me parece acertado. Hasta podría aceptarse que teóricamente es el mejor modo de cortar definitivamente las desviaciones que tanto daño nos han causado viniendo a dejarnos en el estado actual de orfandad cultural y de perplejidad, atonía y anarquía ante los hechos que nos envuelven y arrastran sin que acertemos a oponerles un alto designio orientador y un programa de acción eficaz e inmediata; pero esta teoría se me antoja demasiado pura. Si se tratase solamente de formular un juicio crítico acerca de los aportes culturales y de civilización de los hombres que nos han precedido, yo sería el primer partidario de la severidad sin miramientos y sin ambages, y ya he iniciado—en un medio poco adecuado a ella—una censura que se ha calificado de apasionada. Pero nuestro propósito—es preciso no olvidarlo ni un instante—es constructivo y hay que evitar caer en el sofisma de los pesimistas y de los escépticos—que en el fondo no creen en la eficacia de las renovaciones—que consiste en afirmar que para edificar es necesario destruir. En el fondo esto no significa sino entrar por el camino de las menores resistencias, porque se esquivo la difícil y poco airosa labor de estudiar un sistema de andamiaje y de apuntalamientos y en esta clase de trabajos los «arquitectos» no se lucen... Mi padre, que fué un ingeniero ejemplar en esto de sacrificar las apariencias a la solidez de la obra, solía hacer doctrina de honradez profesional en ese sentido. No caigamos en lo mismo que censuramos. Una de las causas de la esterilidad de las generaciones que nos han precedido ha sido su preocupación constante en cuanto a la opinión de los coetáneos. No cabe duda que el sufragio de la opinión más codiciado hoy por los hombres inteligentes es el de los sectores avanzados; y hay quienes lo sacrifican todo, hasta la eficacia positiva de su esfuerzo, al prurito de ser tenidos por «reformadores de vanguardia». Es preciso tener la honestidad de negarse este impuro goce. La mayor grandeza y la mayor tragedia del espíritu heroico consiste en tener que soportar, en nombre de la pureza de su ideal, que se le tenga por opositor a él.

No creo equivocarme al pensar que, en cuanto se refiere al concepto de las generaciones y su misión histórica, Julio V. González se inspira en las ideas tan magníficamente expuestas por José Ortega y Gasset en *El tema de nuestro tiempo*. Pues bien, con esas mismas ideas, interpretadas en todos sus alcances lógicos, se puede y se debe sustentar la teoría de la cooperación de las generaciones, poniendo especial empeño en establecer vínculos de continuidad—por sutiles que sean—entre los gestores de las diversas etapas del proceso cultural. Esto, por cierto, sin llegar nunca al artificio; pues si por algo objetamos el método de las rupturas más o menos violentas, es porque vemos que hay mucho de artificial en éstas. Esto de destruir valores y derribar ídolos es de las cosas más serias que con menos seriedad hacen los jóvenes. En su afán de ser severos para con los demás, los jóvenes olvidamos ser severos para con nosotros mismos. Por eso he solido citar yo la advertencia de Rodó jetro de los valores declarados inútiles por los exigentes de última hora! «La ju-

ventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables», decía el Maestro. Olvidando la responsabilidad propia, las «nuevas generaciones», llamándose innovadoras, han solido vivir con la cara vuelta hacia el pasado, dedicando la mayor parte de sus energías a la crítica destructora, sin innovar ni sustituir nada, y mucho menos crear cosa nueva, realmente nueva, alguna; ni siquiera la actitud, porque si vamos a ver cómo se iniciaron en la vida las generaciones combatidas, encontramos las mismas actitudes y rebeldías inconciliables, la misma ingenua pretensión de querer sacarse todo de las entrañas, como las arañas.

Si bien es cierto que, como afirma Ortega, vivimos una «época de filosofía beligerante» en la que «se siente el inmediato pasado como algo que es urgente reformar desde su raíz», también es evidente, y el mismo Ortega lo dice en las apretadas líneas de su ensayo, que el pasado que se aspira a destruir ha de serlo mediante una «radical superación»—escúchese bien: *superación*.—La superación no puede ni debe confundirse con la negación. Antes bien, puede afirmarse que las fuerzas que se dedican a la negación son fuerzas que se restan al impulso superador, que es eminentemente positivo, es decir, creador no destructor. La destrucción viene a ser una consecuencia adicional y secundaria del esfuerzo creador, no su finalidad. Y no cabe duda que más prejuicios y falsos valores y viciadas instituciones y costumbres destruye el que crea nuevos principios y nuevas normas positivas de vida, nuevos núcleos de concentración de energía orientados hacia un ideal constructivo, que quien gasta sus energías en la pasión destructora. A aquél le inspira el amor por algo bueno y bello; a éste el odio por algo feo y malo; y desgraciadamente—tal es la naturaleza humana—no siempre el odio a lo malo y a lo feo implica amor por lo bello y lo bueno (que no suele ser fácil de concebir) sino más bien la venganza de la impotencia para usufructuar de ello.

Hay que ser, así, de esa «escasa minoría de corazones de vanguardia, de almas alerta que vislumbran a lo lejos zonas de piel aún intactas», según la frase de Ortega; mas hay que concentrar los esfuerzos en la visión de esas zonas, en abrir senderos hacia ellas; no empecinarse en una terapéutica o cirugía cruel y peligrosa, sino dar preferencia a una profilaxia previsor. En las diversas épocas en que puede dividirse el proceso general de la cultura—que no puede interrumpirse del todo sin quedar aniquilado, pues nunca cesa en sus efectos invisibles lo que místicamente llama Carlyle: «la Comunión de los Santos»—existe, como observa Ortega, «bajo la más violenta contraposición de los *pro* y los *anti*, una común fili-grana». Esa escisión, pues, de que Ortega habla, que divide a la «colectividad intelectual» es más aparente que sustancial; se puede, por lo tanto, intentar lo que con tan admirables resultados practican los anglo-sajones, lo que he llamado la *cooperación en la polémica*. Esta cooperación en la polémica puede realizarse, no sólo dentro de una misma generación, sino entre elementos de distintas generaciones. Fundado en esta convicción es que yo sostengo la necesidad de que nuestras juventudes nuevas llamen al puerto de salvación a los naufragos más o menos maltrechos que las últimas borrascas arrojaron a las playas. No se trata de brindar nuevo acomodo a los fracasados del feroz, aunque hipócrita, individualismo del 800; se trata de sumar a las fuerzas vivas de la nueva época las fuerzas sobrevivientes de la anterior. Sería clamorosamente injusto, en mi sentir, que se privase de las actuales oportunidades de la nueva «beligerancia constructiva» a los viejos luchadores de ayer; a esos precursores nuestros, más o menos inteligentes o tenaces; a esos *tired radicals* como los llama el

notable y malogrado ensayista norteamericano Walter Weyl.
¡Y va de carta, amigo Roig! Seguiré en la próxima.

EDWIN ELMORE

Buenos Aires, febrero 22 de 1925.

Querido Amaya:

Cumplo con enviarle la copia de los «puntos de vista» aprobados en la reunión de ayer. Por no producir discusiones inútiles no insistí ayer mayormente acerca de algunos aspectos de nuestro proyecto; pero como probablemente no asistiré a la próxima reunión del comité que quedó constituido, quiero dejar constancia ante usted de las condiciones que considero indispensables para la realización de un Congreso tal y como lo habíamos planeado en Lima, pues como le he repetido a usted y a todas las personas con quien me he puesto al habla en mis viajes, ni yo ni mis compañeros de Lima, la Habana y México somos partidarios de la organización de un congreso más que venga a caer bajo la égida, los auspicios y el amparo de un oficialismo cualquiera que él sea, ni a constituir aporte de fuerzas más o menos inconscientes e irresponsables a parcialidad u orientación particular alguna.

Por deber de lealtad para con quienes me han acompañado en las gestiones que vengo realizando desde hace más de dos años y por el deseo que tengo de proceder con la mayor circunspección posible, exigiendo otro tanto de quienes cooperan conmigo, juzgo necesario y oportuno, pues, insistir sobre los siguientes puntos:

1.º Por ningún motivo debe consentirse la enajenación o la limitación de la libertad de orientaciones y procedimientos del Congreso.

2.º Es indispensable mantener a todo trance el carácter *no oficial* del mismo, es decir, que debe evitarse toda vinculación con las autoridades constituidas.

3.º Desde el principio, es decir, desde el primer documento que produzca la comisión en su carácter de tal, deben quedar claramente expresados los requisitos anteriores además del reconocimiento o declaración explícita del hecho de no tratarse de un movimiento aislado sino del esfuerzo de concentración de la serie importantísima de movimientos que se han producido en el Continente.

Por conducto de usted someto lo anterior a la consideración del Comité Provisional.

Además, pido yo a la Comisión que incorpore en el programa los tópicos siguientes:

En problemas políticos:

- 1.º Mantenimiento y desarrollo práctico de la doctrina Drago.
- 2.º *Aut lawry of war*.
- 3.º Proclamación de la doctrina Sáenz Peña.
- 4.º Creación de una Corte de Justicia Internacional, en sustitución de la que ha disuelto en Centro América Mr. Hughes.

En problemas de cultura:

Insisto en mantener el punto *d* del programa elaborado en Lima y que no se salva en el proyecto aprobado ayer. En ese documento se habla de un *Comité Intelectual de la Juventud Iberoamericana* y se insiste en la vinculación de los jóvenes. En el plan de Lima y la Habana se proyecta la *Creación de una oficina de concentración de estudios políticos, económicos, sociales e internacionales*.

Creo que es inútil e inconveniente limitar la edad de los intelectuales que deben colaborar en nuestra acción construc-

tiva, por eso insisto en mantener la fórmula que dejo transcrita. Considero este punto de capital importancia en el movimiento.

Tampoco se salva en el programa aprobado ayer uno de los puntos de mayores proyecciones prácticas del programa que traje de Lima, y pido igualmente a la Comisión que lo incorpore: es el punto CINCO del plan (que se aprobó por unanimidad en la reunión celebrada en el Hotel Bolívar de Lima el 30 de diciembre del año último, a la que concurrieron argentinos, uruguayos, mexicanos, paraguayos y cubanos, además de los peruanos y que por lo tanto tiene un valor excepcional que debe tenerse en cuenta).

El punto CINCO dice: «*Organización de una defensa de la cultura y de las clases intelectuales*». Juzgo que, aunque en el programa ya aprobado existen muchos tópicos convergentes a esta finalidad, no estaría de más que el propósito quedase expresado de un modo concreto.

En cuanto a la parte del programa relativa a *Problemas económicos*, creo indispensable incluir los siguientes puntos:

1.º Repudiar toda política financiera que limite la soberanía nacional o comprometa para el futuro la independencia de los pueblos.

2.º Exclusión de los monopolios industriales y principio de compensación en las concesiones.

3.º Vigilancia especial en lo que atañe al petróleo, carbón y hierro.

4.º Propaganda a favor del proyecto de prohibición de empréstitos dedicados a la adquisición de elementos bélicos, según el ideal del senador norteamericano Mr. Shipstead.

EDWIN ELMORE

Puntos de vista a los que deberá ceñirse el Comité Organizador para elaborar el programa definitivo

PROBLEMAS POLÍTICOS

Repudio del régimen de las dictaduras militares implantado en algunos países de Ibero América.

Actitud de los intelectuales de Ibero América que aplauden o propician el régimen de las dictaduras militares.

Influencia del imperialismo yankee sobre la cultura y la política iberoamericanas.

Crítica de la aplicación de la doctrina Monroe a los problemas internacionales de América.

Crítica del Panamericanismo. Necesidad de afirmar frente a éste el concepto de Iberoamericanismo.

Política armamentista de los gobiernos de América del Sur. El militarismo: su ineficacia frente a la absorción angloamericana, elemento de disolución interna y exterior en las repúblicas latinoamericanas.

Revisión general del concepto clásico y tradicional de Democracia.

PROBLEMAS UNIVERSITARIOS

Generalización del movimiento reformista en todas las Universidades de Ibero América, en su triple aspecto político, pedagógico y social:

Político: Participación de los estudiantes en el gobierno universitario.

Pedagógico: Reforma de los métodos y del contenido tradicionales de la enseñanza universitaria. Substitución en los estudios de la vieja orientación materialista y positivista por una amplia orientación humanista y filosófica, sobre la cual fundamentará la América del porvenir la Nueva Cultura Idealista.

Social: Afirmación del principio de la doble función, técnica y social de la Universidad, considerada como órgano de difusión de la cultura en el ámbito del pueblo.

Elaboración de un Código que contendrá los principios cardinales de la reforma Universitaria y su estructura interna, y cuya aplicación será propiciada en todas las Universidades de Ibero América.

Creación a estos efectos de un órgano superior permanente que representará a todos los estudiantes de Ibero América y que será la *Federación Universitaria Iberoamericana*.

Afirmación del principio de la agremiación estudiantil; medios para llevarlo a la práctica en toda Ibero América.

PROBLEMAS CULTURALES

Afirmación de la idea general de que el problema a que están avocadas las nuevas generaciones americanas, es ante todo un problema de cultura.

Las juventudes de América deben propiciar el advenimiento de una nueva cultura sana y optimista, inspirada en los descubrimientos más recientes del pensamiento contemporáneo, frente a la cultura materialista ante la inminente disolución de la cultura europea.

Reacción contra las corrientes de pesimismo intelectual surgidas en algunos grandes centros.

Afirmación y mantenimiento del principio y del sentimiento de la nacionalidad y de la raza, en el sentido cultural y elevado de la palabra, como única manera eficaz y concreta de que los países iberoamericanos lleguen a constituir una personalidad vigorosa y *sui generis* capaz de resistir a la absorción, a la disolución de culturas viejas o de civilizaciones contrarias a nuestros espíritus.

Creación de un órgano intelectual, que podrá llamarse «Comité Intelectual de la Juventud Iberoamericana», que vinculará a los jóvenes intelectuales de todos esos países, intercambiando y estimulando especialmente las obras de carácter filosófico, político, económico, literario y artístico que importen una contribución al punto de vista de la Cultura Americana. Tendrá a su cargo, además, todas las iniciativas culturales que quiera asignarle el Congreso (fundación de una Revista Iberoamericana, organización de próximos congresos, etc.)

PROBLEMAS ECONÓMICOS

Repudiar toda política financiera que limite la soberanía nacional o comprometa para el futuro la independencia de los pueblos.

Exclusión de los monopolios industriales y principio de compensación en las concesiones.

Vigilancia especial en lo que atañe al petróleo, carbón y hierro.

Propaganda a favor del principio de prohibición de empréstitos destinados a elementos bélicos, según la idea del senador norteamericano Mr. Shipstead.



LOS EXTREMOS SE TOCAN

Una peregrinación a Snobismdjah, la residencia del divino Tagore

ANTES de todo, perdone el lector una confesión. Yo no soy socialista ni subscriptor de *La Vanguardia*. Mi sed de ideal político lo abreva otra fuente: el impagable «diario de sesiones». Pero mi peluquero sí es lo uno y lo otro, y es precisamente por evitar su plática, mientras me afeita, que yo consulto su opinión cotidiana en el original. Vale decir en el diario del doctor Justo.

Ahora bien: sucede que el sábado pasado, mientras el hombre rasuraba la fertilidad de mi carrillo derecho, yo tenía extendida *La Vanguardia*, como una bandera a la izquierda. Y estaba en lo mejor de una filípica al ministro Gallardo a propósito de monseñor Boneo, cuando mis ojos bizcos tropezaron en el siguiente titulito: *Una visita a Rabindranath Tagore*.

Dejé entonces a los señores Gallardo y Boneo (que Dios confunda en un abrazo), y leí las siguientes líneas:

«La Sociedad Luz ha organizado para el domingo una visita a Rabindranath Tagore en Punta Chica. Las personas que deseen ir podrán retirar sus tarjetas hasta las 15.30 en la estación Retiro».

Ante tamaña noticia no pude ocultar mi sorpresa. Interrumpí, pues, al figaro para decirle:

—¿Ha visto usted? Sus compañeros de la Sociedad Luz visitarán mañana a Rabindranath Tagore.

—Claro que lo he visto—me respondió el buen hombre sin apartar más de un milímetro la navaja de mi cuello.—Y ya lo sabía de antes porque pienso ser de la partida.

Y a continuación, como si yo lo hubiera autorizado con mi pregunta, se engolfó en un largo elogio de la Sociedad Luz, seguido de una comentada enumeración de las visitas que hizo con ella a fábricas, exposiciones, museos y jardines zoológicos.

Yo no pude menos que reconocer los méritos de tan patriótica institución. Mas cuando el peluquero, luego de guardar la navaja, acabó de rociarme su agua de colonia, le pregunté:

—Pero, ¿es que en la Sociedad Luz hay también teósofos?

—No; somos, casi todos, socialistas. Están los diputados, los concejales... Mucha gente del partido. ¿Por qué?

—Nada—me esquivé;—por Tagore.

—¡Cómo! Pero Rabiná Tagora es un escritor. ¿No vió usted los cuentitos que publicó en *Los Pensadores*? ¡Muy lindos! Ahí los tengo, con retrato y todo.

Yo me sonreí con malicia. Pero el buen peluquero, ajeno a los entretelones periodísticos y a la puja de nuestros grandes diarios por conseguir, a precio de oro, la firma del santo huésped, no lo tomó a mal. Al contrario. Después de empolvarme cuidadosamente la cara, invitóme con una fineza que me resultó dieciochesca, a juntarme a los peregrinos.

La cosa me tentó. Una peregrinación socialista a un místico poeta de la India no es cosa de ver todos los días. Así, pues, ganado por la insistencia del hombre, me comprometí al espectáculo, antes de abandonar la peluquería.

Y, en efecto, al día siguiente me fuí con tres amigos a Punta Chica. La comitiva de la Sociedad Luz, unas 50 personas entre hombres y mujeres, se agrupó en el andén de la estación.

De allí todos se encaminaron a la residencia de Tagore. El sol quemaba. Pero, por suerte, la casa estaba en frente. El concejal doctor Jiménez, remolcado por el inconfundible diputado Dickmann (E), guió la procesión democrática por los

escalones de una loma, y llegamos en pocos minutos a la residencia del maestro.

Una amplia quinta, desierta, con una casa colonial en el centro, ofrecía la soledad de sus árboles. Al momento unos cuantos compañeros expropiaron la sombra de una tipa frondosa, que al susurro del «céfiro blando» llovía flores amarillas. Muchas compañeras los imitaron. Y bajo del árbol gigante, humildemente sentados en el césped, todos aguardaron la aparición del poeta. A los pocos minutos un jovencito moreno, criollo por los cuatro costados, se anunció como secretario y traductor de Tagore. El maestro—dijo—saldrá en seguida. Ya se está vistiendo.—Y agregó:

—En tanto los que hayan traído libros para que los firme pueden entregármelos.

Mi tígaro se adelantó el primero con su ejemplar de *Los Pensadores*. Tras de él dos o tres compañeros más entregaron libros y tarjetas. Una señora obesa se lamentó en voz alta no haber traído la obra completa que tenía en su biblioteca. ¡No se le había ocurrido!...

El secretario se llevó los libros, y media hora después volvió seguido de un anciano alto que vestía sobre amplios pantalones de marinero una túnica negra que hacía gran contraste con un altísimo gorro de terciopelo marrón, debajo del cual asomaban luengas guedejas blancas que se confundían con la barba larguísima y pluvial.

Todos comprendieron al instante que era el divino Rabindranath Tagore. Y como movidos por una fuerza extraterrena se pusieron de pie.

Pero el altísimo poeta no se dignó saludar. Hierático como un gran rabino milagroso, miró la concurrencia a través de sus lentes minúsculos, y aguardó que le tendieran una alfombrita indígena, de franjas verdes y rojas (puro estilo *Riel y Fomento*), para sentarse a la manera hindú.

Los compañeros volvieron a echarse sobre el césped. El voluminoso doctor Jiménez—el único que dejó de hacerlo por falta de espacio—se adelantó entonces, y espetó en castellano un breve discurso a Tagore. El secretario y traductor no se tomó el trabajo de transmitir a Tagore los párrafos del doctor Jiménez. (Seguramente porque aquél los escuchó con profunda atención). Pero yo, a fuer de cronista fiel, resumiré si quiera uno.

El doctor Jiménez hizo, ante todo, notar al maestro de *La luna nueva*, que los que lo rodeaban eran una parte mínima de los trabajadores argentinos, que habían bebido «algunas nociones» en su obra que estaba toda en la Sociedad Luz. Después lo saludó cordialísimamente en nombre del pueblo trabajador.

Hubo algunos aplausos para el doctor Jiménez, y, Tagore, con una voz de queja profunda, dijo, según su secretario, que podían preguntarle lo que más les interesaba.

Entonces el diputado Dickmann que estaba en primera fila, casi a los pies del maestro, le formuló esta pregunta que para mayor precisión pongo textual:

—Nos interesaría que el maestro nos hablara un poco de las preocupaciones mentales de las masas populares de la India.

El secretario transmitió la pregunta al maestro, y éste empezó su respuesta en inglés. Pronunciaba las sílabas con claridad y lentamente. El secretario traducía palabra por palabra. Según él, Tagore, más o menos, vino a decir esto:

«El mundo ha llegado a ser ahora una India grande, aunque la gente occidental de esta era no se ha dado cuenta todavía del hecho».

Luego se extendió en algunas consideraciones históricas, citó los varios nombres de algunos guerreros de la antigua India, para acabar diciendo que la causa de la guerra era el mal ajuste de las diferentes razas. Esa diferencia, sentenció,

debe aniquilarse a cualquier precio, porque así como un solo farol da poca luz muchos faroles darán mucha luz.

No sé si el doctor Dickmann y demás miembros espectaculares de la Sociedad Luz se dieron por satisfechos. Pero sospecho que sí porque otro ciudadano, médico masajista de la Facultad de Medicina, según mis informes, preguntó a Tagore qué pensaba de Ghandi.

El maestro volvió a hablar durante cinco minutos. Esta vez con entusiasmo, golpeándose los puños. Primero hizo un elogio de Ghandi. Después citó a Jesús, y por último puso fin a su discurso diciendo que el único inconveniente de las teorías sustentadas por el caudillo hindú estaba en que no se podrían realizar hasta dentro de tres o cuatro siglos, a contar desde la fecha.

La concurrencia lo aplaudió sin entusiasmo.

Fué en ese momento que uno de mis amigos hizo llegar al secretario un papel. Pedía mi compañero, sin malicia, que el maestro expresara su opinión sobre la India que había reflejado en su obra el más grande de los cuentistas contemporáneos: Rudyard Kipling.

El secretario enseñó el papel al maestro. Este lo miró y dijo en voz baja dos o tres palabras que hicieron sonreír al joven.

A todo esto una dama que descendiera en aquel momento de un Packard se agachó sobre el gorro del maestro y dijo a éste en inglés que los amigos del arte habían llegado. Y sin más se lo llevó de un brazo.

El secretario nos hizo entonces presente que el poeta no había respondido a la última pregunta porque estaba fatigado. Además—agregó—tiene todavía que dar una conferencia sobre el poeta Shelley, que traducirá para los amigos del arte el marqués de Amposta. Si ustedes quieren pueden quedarse a escucharla.

Los de la Sociedad Luz se quedaron. Pero mi amigo, el de la pregunta sobre Kipling, quería irse. Estaba decepcionadísimo, sobre todo a causa de la misteriosa dama del Packard que así nos había robado al poeta de un brazo. Yo, sin embargo, conseguí que se quedara. No quería, por mi parte, marcharme sin averiguar quién era la hermosa dueña del Packard y de Tagore. Nos pusimos, pues, en campaña los cuatro, y a la media hora pudimos saber que se trataba de una exégeta argentina, autora de un estudio *De Francesca a Beatrice*. Y como tuvimos la suerte de dar con un cronista social, pudimos también saber quiénes eran los demás amigos del arte que habían formado rueda aparte, lejos de los «compañeros» de la Sociedad Luz.

He aquí una lista casi completa:

El ya mencionado marqués de Amposta; el rector de la Universidad de Buenos Aires; un señor candidato a la presidencia de Chile; el director del Conservatorio Nacional de Música; un profesor de declamación; varias poetisas místicas y algunas damas más, simples «consumidoras de arte».

Confieso que ante tanta gente distinguida, mis camaradas y yo nos sentimos profundamente emocionados. Por suerte, mi buen peluquero había tenido la discreción de no acercarse en toda la tarde. De lo contrario también nosotros habríamos sido tomados por tipos «cache»...

Con todo, al final de la fiesta, no nos fué mejor que a los compañeros de la Sociedad Luz. Porque cuando los amigos del arte entraron en la casa donde ya Tagore los esperaba con la «toilette» rehecha y el discurso sobre Shelley preparado, nosotros fuimos igualmente despedidos por el simpático secretario criollo so pretexto de que «el maestro quería silencio absoluto»...

Pero lejos de tomarlo a mal, como los socialistas, que vieron en eso una manifestación más de la antigua lucha de

clases, nosotros nos fuimos como escolares raboneros a pasear a orillas del río... Y sólo una hora después, ya en el tren, nos desatamos contra el santón. Uno de mis compañeros recordó dos versos de la balada del pianista Viñes:

Il tient propos de jacobin,
Mais que ficelle il édulcore

Otro agregó dos más:

La Pauvreté, certe, il l'adore
Mais confortable, a la Borgia.

Yo también recordé uno y el estribillo:

Mais moi je dis sans métaphore:
Quel m'as-tu vu que ce Rajah!

Y antes de llegar a Retiro reconstruimos entre los cuatro la maravillosa balada (1) que «a la sombra de un viejo peral en flor», Ricardo Viñes escribió para los peregrinos de «Snobismdjah». Y en coro, como cuadra a muchachos porteños, recitamos:

Malgré ses airs de grand-rabin
De mage et de quoi sais-je encore!
Tout m'est suspect en ce Rabin
Fils de Dranath, fils de Tagore;

Et, dût quelqu'autre nom sonore
Se joindre aux titres dont déjà
Fort gentiment il se décore,
—Quel m'as-tu vu que ce Rajah!

Il tient propos de jacobin,
Mais que ficelle il édulcore
—Étant rusé comme un robin—
De tous les loukoums de Lahore.
Et, partout, les poires d'éclore.
Tant le lascar de prestige a;
Mais moi je dis sans métaphore:
—Quel m'as-tu vu que ce Rajah!

Groom, dactylos et chic larbin,
Juivent au Ritz le lyrophore
Qui lit le courrier dans son bain
En méditant sur Pythagore.
La Pauvreté, certe, il l'adore,
Mais confortable, a la Borgia.
Oùtré-je donc criant pour clore:
—Quel m'as-tu vu que ce Rajah!

Envoi

Prince: que du Gange au Bosphore
Et d'Ateuil à Snobismdjah,
Mon buccin par sans-fil clangore:
—Quel m'as-tu vu que ce Rajah!

Dos amigas del arte, sin automóvil, que venían frente a nosotros nos miraron serias. Sin duda, meditaban todavía las palabras de Tagore sobre el poeta comunista Percy Bysshe Shelley.

ALBERTO LÓPEZ MACHADO

(El Hogar, Buenos Aires).

(1) Esta preciosa Balada se publicó en *El Hogar*; por eso yo no la cité íntegra; pero que el REPERTORIO debe reproducirla. El pianista Viñes, su autor, es español.—G.

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.
Despacho: 50 varas al Norte del Banco Internacional.

Tablero

—1925—

La gentil poetisa Luisa Luisi, cuya dirección postal es *Agraciada, 3182, MONTEVIDEO. URUGUAY*, desea ponerse en relación con poetas y críticos de Costa Rica, según la carta que publicamos a continuación, como la mejor manera de que el amable deseo se convierta en realidad. Quedan, pues, invitados los escritores nacionales.

Montevideo, noviembre 23 de 1924.

Señor Salvador Umaña.

Costa Rica,

Muy estimado señor:

Tengo el agrado de acusar recibo y de agradecer como corresponde el gentil obsequio de la Escuela Normal de Costa Rica, magnífico exponente de las bellezas y los progresos de esa privilegiada región.

Todo me interesa de nuestros hermanos costarricenses, los que a pesar de su lejanía, conocen y valoran nuestra modesta producción, saben estrechar lazos de una manera cordial y gentil.

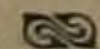
Al agradecer, conmovida, esa prueba de afecto de mis hermanos americanos, me es muy grato aceptar el intercambio propuesto, en todo lo que se refiere a literatura y educación, las dos ramas de la actividad intelectual a las que he consagrado mi vida.

A la Biblioteca de la Escuela Normal de Heredia C. R., tengo el placer de enviar algunas de mis obras; y trataré de que se le envíen algunos ejemplares de nuestras mejores revistas de literatura y educación.

Agradecería yo, a mi vez, que esa Biblioteca se sirviera enviarme los reglamentos y memorias referentes a la Escuela, cuya organización y funcionamiento deseo conocer. Del mismo modo me agradaría ponerme en relación con los poetas y críticos de allí, cuya obra poco conozco en realidad.

Al agradecer nuevamente la distinción de que he sido objeto, lo saluda con su mayor aprecio

LUISA LUISI



Erratas

Hay unas que deben tomarse en cuenta en el artículo *Cuartillas de Cajal*, entrega pasada, pg. 160, columna de la derecha.

En el texto, renglón 5, de arriba hacia abajo, léase:

Duélome, por tanto, de la amarga decepción etc.

En el renglón 19, de arriba hacia abajo, léase:

Poco importa con todo que, en tan graves instantes etc.

En el renglón 30, de arriba hacia abajo, léase:

Para apreciar el valer de un hombre se necesita la perspectiva de los siglos.



Obras de Ganivet

Granada la bella, 1896.

Idearium español, 1897.

La conquista del reino de Maya, 1897.

Cartas finlandesas, 1898.

Los trabajos del infatigable creador Pío Cid (2 tomos), 1898.
Libro de Granada (en colaboración), 1899.
El escultor de su alma, 1904-
Epistolario, 1904.
Hombres del Norte, El porvenir de España, 1905.

Las ha reeditado la Librería general de Victoriano Suárez. Madrid.



Se compran estos números del REPERTORIO AMERICANO:

Del tomo I: Números 7, 9, 10, 18 y 23.
 Del tomo II: Números 1, 3, 5, 20 a 23, 25 a 28, y 30.
 Del tomo IV: Números 19 y 23.
 Del tomo V: Números 3 y 10.
 Del tomo VI: Número 2.
 Del tomo VII: Número 21.

Un canto de vida

(*La Nación*, Buenos Aires).

Contra mi pecho joven, tú estás desnuda, vida...!
 Afelpada en silencios, o en ritmos encendida,
 caliente de esperanzas, plena, sensual y ruda,
 en una lenta y honda caricia estremecida,
 apretada a mi carne, vida, ¡tú estás desnuda!

¡Sobre tus flancos amplios, fuertes y palpitantes,
 borrachos en tus savias y en tus zumos retintos,
 divinamente ciegos, violentos e ignorantes,
 como cachorros sueltos, retozan mis instintos!

Mi pupila ama el lujo de tus soles ardientes,
 el regocijo blanco de tus huertos floridos,
 los oros extenuados de tus largos ponientes
 y el azul delirante de tus cielos tendidos...

En la brisa salvaje, bebo tu aliento puro.
 Te recojo en el grito y en el canto divino,
 y te sorbo en la sangre del racimo maduro,
 en las bocas jugosas, en la miel y en el vino...

Bruñida de intemperies, de lluvias y nevadas,
 mi piel busca el mordisco de tus vientos serranos,
 el dulce escalofrío de tus lunas heladas,
 y los alcoholes rojos de tus agrios veranos...

Frente a mi asombro inquieto y a mi espera anhelante,
 tú despliegas tus pompas en suntuosos derroches...
 Y yo te amo en toda tu desnudez cambiante,
 castigada de auroras... o pálida de noches...

Y yo te amo, vida, en este cuerpo mío,
 ágil, sensual y fuerte, elástico y profundo,
 donde tiembla la vena de un fantástico río,
 y se copian los ritmos dislocados del mundo!

Yo te ofrezco mi joven audacia... mi dulzura...
 mis cóleras espléndidas... Y esta impaciencia loca,
 que me enciende en pavesas toda la entraña oscura,
 y sube, rota en gritos, a sangrarme la boca!

Yo te ofrezco mis calmas y mis ímpetus rojos...
 Mi voluntad magnífica... Mis violencias lozanas...
 y este limpio entusiasmo que encabrita en mis ojos.
 la alegría insolente de mis vísceras sanas!

Date, oh vida, a la fiebre de esta mano nerviosa,
 a la sed de este labio y al hambre de este diente!
 Date al ansia temprana que me hiende filosa,
 como una fruta nueva, la poma de la frente.

Ya siento en los oscuros horizontes vedados,
 fijos en mí, en la sombra, grandes ojos abiertos...
 Los hombres de mi raza me contemplan callados
 ...y alzándose purísimo, yo les grito a mis muertos:

—Abuelos solitarios, silenciosos abuelos,
 mercaderes, pastores, artistas, héroes, santos...
 en mi barro dramático junto vuestros anhelos
 en un haz doloroso... que me deshace en cantos!

Conmovido y vibrante, como una antena viva,
 en mis nervios aguzo vuestros nervios dormidos,
 en tanto va esparciendo mi vehemencia nativa
 la exaltación triunfante de mis cinco sentidos!

Vagas sombras inquietas me empañan la mañana.
 Grávida de agrios signos, tiembla una alarma oscura
 en los clarines roncros de la muerte lejana...
 ...Y me hiere el alerta... como una mordedura!

Silenciosos y lentos, unos dedos helados
 hacen siembra de miedos en mis carnes morenas,
 mientras mis ojos puros contemplan afiebrados
 los soles que se apagan, día a día, en mis venas...

Apresúrate vida! Ya esperan impacientes
 las mil larvas voraces y ciegas del fracaso,
 se acallará el tumulto de mis sienes ardientes
 y el mediodía rubio se extinguirá en ocaso...

Me sellarás los labios con encendidos lacres.
 Me ligarás las manos con implacable venda.
 Y has de seguir goteando todos tus jugos acres
 sobre la carne viva de mi angustia tremenda!

Olfateando en la noche, como un puma en acecho,
 mi deseo, irritado y arisco, te vigila...
 Un latido profundo se me rompe en el pecho,
 y en la espera... Se ahoga de sombras mi pupila...

¡Nunca el vaso suntuoso de una joven entraña
 te brindara su savia romántica y huraña
 con este recio impulso viril que me levanta!

¡Oh vida!... ¡Vida!... ¡Vida!... ¡Fiesta maravillosa...
 ¡Nadie ha de amarte nunca con la avidez rabiosa
 de este muchacho flaco y ardiente que te canta!...

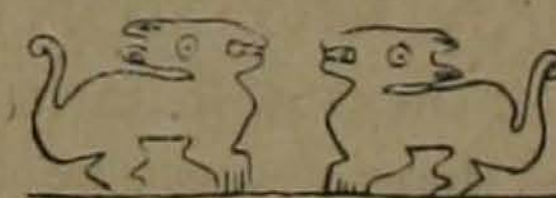
CARLOS RODRÍGUEZ PINTOS

Montevideo, 1924.

NOTA.—De los recortes que ahora le envío,
 me agradaría que reprodujera los versos
 del poeta uruguayo C. Rodríguez Pintos.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

(Fragmento de una carta.
 Desde La Plata, R. A).



Oración en las honras de Ganivet

La breve oración que aquí se imprime fué pronunciada en la Universidad con ocasión de las honras de Ganivet. Su autor la ha sabido comentada con viveza. Hubiera deseado verla referida con exactitud... Sin rehuir la objeción, antes agradeciéndola, bien parece lícito pedirle un mínimo de relación con la materia a que se dirige.

Para mayor facilidad de esta relación, decídese hoy aquél al esfuerzo de dar puntual redacción escrita a la integridad de lo dicho entonces. Esfuerzo ligero, por otra parte. Considerable alivio habían de traerle la unidad del contenido ideológico, la autenticidad de la convicción inspiradora.

Que ni siquiera en la concreta formulación podía tener el carácter de improvisado o circunstancial. Cuanto, en lo que sigue, aparece como bordeando el terreno político había sido ya, en efecto, manifestado y publicado—diez días antes al de la ceremonia universitaria aludida—en forma de respuesta, a la pregunta de una interviú con el ilustrado redactor de El Pueblo, de Valencia, Sr. Just Gilmeno.

La inteligencia insumisa

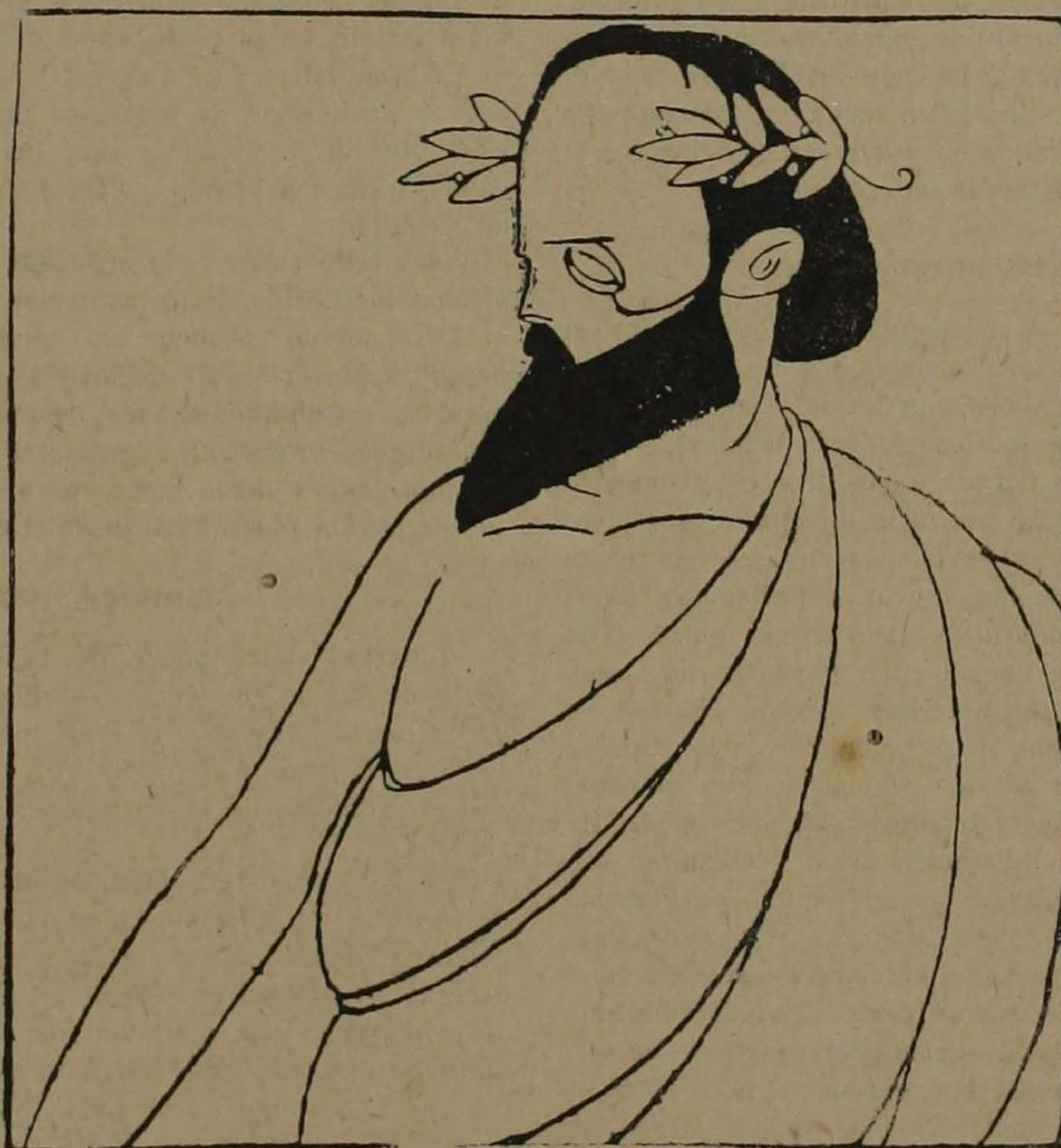
Hace poco más de dos meses, en una mañana resplandeciente de sol, las calles del centro de Madrid presenciaron el brillante desfile de una gran manifestación reunida por una solemnidad onomástica. Aquella era la procesión de la conformidad española. Esta mañana, y en un ambiente cuya indecisión, casi borrascosa, no bastaba, sin embargo, a ocultar la aparición y los avances de una primavera, una manifestación muy distinta, con curso por calles sólo tangentes con aquellas, como queriendo marcar el confín entre dos regiones morales, ha venido a traer a la Universidad unas cenizas ilustres... Sentiría, señores, que se interpretaran mal mis palabras, cuando digo que esta segunda manifestación me parece, en contraste con la otra, la procesión de la no conformidad.

Adelanto la salvedad contra la posible mala interpretación de mis palabras, porque, nada tan ajeno a mi ánimo en este instante como consentir en empobrecer su sentido, dándoles el alcance limitado de triste alusión partidaria a una anécdota

política tan triste como ella. Más lejos, más hondo va mi designio. Tan hondo, tan lejos como conviene, para no invocar en vano el nombre de Angel Ganivet. El de un hombre libre, cuyo espíritu y enseñanza saldrían vilmente mutilados de cualquier intento de ajustarlos a los transitorios intereses, a las parcialidades de la hora.

Ganivet,

por Bagaría.



—¡Qué difícil habría sido escribir el Idearium ahora, que hay tanta escasez de ideas!

de su libertad interior eran demasiado fuertes, para no romper ciertas jaulas de pragmática clasificación... Por nuestra parte, creemos deber a tan nobles cenizas un acto elemental de respeto. El acto elemental de respeto de no hacerlas servir para nada.

Ganivet, hombre del "Fin-de-siglo"

Pero este imperativo del desinterés no excluye, en verdad, el derecho a la definición... Estamos en la Universidad, señores. Por mucho que, en algunos momentos, hayamos parecido olvidarlo, estamos en la Universidad. Estamos, en la que debe ser casa de ciencia, y cuya función constante, en cualquier ocasión, sobre cualquier asunto, debe ser la crítica.

Críticamente, ¿cómo fijar la posición de Ganivet? Si su

Nada más instructivo en este respecto que la polémica que recientemente nos han obligado a presenciar los decididos en encasillar a esta gran sombra, en hacerla propia de cualquier modo. Cada cual aducía sus textos. Cada cual parecía en algo tener razón... Nadie tenía razón. Nadie que olvidara el hecho esencial de que el ejercicio independiente de la Inteligencia ya es subversivo en sí mismo, no-conformista por definición; por encima, y aparte de las tesis que sirven a aquella de vehículo. Doble disconformidad, subversión doble. Contra lo de arriba y contra lo de en torno. Contra lo que domina y pesa, y contra lo que envuelve y ahoga. Contra la fuerza constrictiva del poder y contra el halago corrosivo de la popularidad.

Intelectual típico—acaso el primero que con su pureza (y con su pobreza) de contorno haya entre nosotros aparecido—Angel Ganivet se resistirá siempre al soborno de cualquier captación partidista póstuma. Las alas

compleja personalidad no se deja esquematizar entre la estrechez de los límites de un partido, su ademán ha podido quedar, sin embargo, inserto en el blando cuadro de las notas ideales que caracterizan culturalmente un período de la historia. Si es difícil alistarle como derechista o como izquierdista, es fácil ver en él un hombre «fin-de-siglo», una mente situada en el ámbito intelectual de las postrimerías del xix. ¿Y qué quiere decir un hombre «fin-de-siglo» en España? Quiere decir un afiliado a la obra de reacción universal que movió entonces al mundo de los días, esperando una hora más tardía para mover el mundo de las realizaciones.

Reacción contra los ideales, impuestos y generalizados por la Revolución, y que el «Fin-de-siglo» comenzó a ver como pobres tópicos, como conceptos vacíos, casi como simples vocablos. Reacción contra la democracia, sobre todo, cuya función de asfixia sobre lo enérgicamente individual pasa entonces a ser sentida en guisa de injusticia y de estorbo... No lo olvidemos: el momento en que Ganivet se forma, aquí y fuera de aquí, es el momento en que en Europa triunfan un Ibsen, un Federico Nietzsche. El momento en que en todos los escenarios de vanguardia—y en todas las conciencias de vanguardin—se representaba *Un enemigo del pueblo*.

Individualismo, pragmatismo

Con la misma claridad y vehemencia con que antes he cuidado de advertir que no quería hacer una mezquina anecdótica alusión, me apresuro ahora a prevenir de que no estoy haciendo una servil apología teórica. Así era Ganivet, porque así su siglo le fabricaba; no porque a nosotros, o al nuestro, nos convenga que sea así... Al contrario, hemos de ver inmediatamente cómo una austera revisión sobre el ideario de Ganivet, ejercida a la luz de las nuevas experiencias, se ve forzada a corregirlo, a cambiarlo, a contrariarlo quizá. Téngase, además, bien presente que a este pensador no puede llamársele propiamente un filósofo. Ni su pensamiento se estructura en lo sistemático, sino que se reparte en lo disperso; ni su vida alcanzó más allá de los treinta y tres años; es decir del período que, intelectualmente hablando, puede llamarse de formación. Nuestro dictamen había de resultar más arduo, sin duda, si no contáramos con el recurso de interpretar al escritor por su tiempo. Pero una vez recordado esto, todo se ilumina. El tiempo de Angel Ganivet tiene como denominador común intelectual la exacerbación del individualismo.

Empieza también a tener la divisa del pragmatismo. Un gran desprecio por lo que, desde entonces, es costumbre llamar despectivamente «las abstracciones» preside su sentido de reacción. Los hombres de aquella hora—un Costa como un Ganivet, para no hablar sino de los muertos—culpando de las peores catástrofes a «las abstracciones», o, según otro mal nombre, «la retórica», tuvieron hambre de realidades, de cosas, de eficacia... Fueron los primeros, a pesar de su individualismo—o, si bien se mira, como consecuencia de su individualismo—en preguntarse, por ejemplo, «para qué servía la libertad». Vieron los unos vacía a la libertad, porque no contenía dentro suyo valores biológicos concretos, como la patria, la raza, la nación. Fantasmal la dijeron—en el opuesto extremo—los otros, porque la libertad sin la propiedad les apareció, en este punto, como un sarcasmo.

Y fué entonces cuando, en lo íntimo de las almas, empezó a sonar a vieja y caduca la música de la *Marsellesa*.

«La Marsellesa de la autoridad»

Había esta canción llenado un siglo entero. Había resonado en todas las conciencias, aun las más distantes, aun las más sordas. La misma reacción, mientras duró el siglo xix,

fué revolucionaria. La misma contra-revolución había escuchado en lo íntimo y en lo profundo, el imperativo cordial de la *Marsellesa*. Hacía, según la frase famosa, *una revolución contraria*, en lugar de hacer *lo contrario que la revolución*.

Pero otra distinta canción preside los primeros años del nuevo siglo. También tiene el nuevo mensaje la forma de una sugestión difusa, de una voz y un ritmo que resuenan y repercuten en todas las subconciencias. No hay letra para la nueva canción todavía. No hay letra ni título. Yo la he llamado alguna vez, para que nos entiéramos pronto, *la Marsellesa de la autoridad*.

Ahora, ved. Una larga conmoción ha sacudido al mundo.

Ha venido la Guerra. Han venido las angustias, las urgencias, las improvisaciones de la Trasmuerta. Y la canción que todavía no tiene letra, que todavía no tiene palabras, ha tenido ya efectos. Inútil señalar, en cada uno de los pueblos de Europa y de América, estos efectos y su distinto grado. Inútil insistir en la contigüidad de los que vemos y tocamos.

El pragmatismo de Ganivet y de los hombres de su tiempo, su casticismo nacional, su asco por la abstracción, su gana viva de realidades, aquí los tenéis, granados, fructificados, traídos a la vida... ¿Traídos a la vida? Sí, por lo menos en su mitad.

Pero falta saber si la ausencia de la segunda mitad no es ya una mutilación. Falta saber si esta mutilación no significa el falseamiento. ¡Aunque no tenga letra la canción, ya el tiempo había aclarado—había aclarado siquiera para algunos, para las sensibilidades más despiertas, para las mentes más coherentes—su auténtico sentido! Y ya sabemos que no bastan, no, los clarines de la fuerza para ejecutar, en la plenitud de su sentido, la *Marsellesa de la Autoridad*.

• Autoridad, ¿para qué?

«Libertad, ¿para qué?», fué la consigna realista de Ganivet y de los de su tiempo... «Autoridad, ¿para qué?», se pregunta nuestra revisión, tal vez con las amarguras del desencanto en la boca. Y en esta cruz de meditación se encuentra con el problema de las relaciones entre Competencia y Autoridad.

Mucho ha insistido quien os habla, señores, en la tentativa de iluminar filosóficamente el concepto de autoridad, recordando y dando sentido a la estirpe de la palabra que le designe. *Autoridad* implica *autor*. Se trata, pues, en lo ideal, de un derecho que ejercitan *los autores*, y que sólo pueden legítimamente ejercitar los autores; es decir, *los creadores*, los que sacan algo de la nada. ¡Mande quien crea! ¡Obedezca el estéril! La autoridad, cuya canción ha entonado el siglo nuevo, es la que corresponde a una energía de plasmación ordenadora, ejercitada en la materia de él, en el barro de él y en su caos. Así—volviendo a lo nuestro—, quien debe ejercer, con plena moralidad, una autoridad vigorosa en España, debe, por esfuerzo propio y con las propias manos, plasmar y construir una nueva España.

Pero esto no es fácil. Necesita que con el poder coexista, en todo momento y actuación, la competencia sin la cual aquél no alcanza a merecer el nombre de autoridad. El problema de la autoridad se convierte así—¿cómo evitarlo?—en la cuestión de la competencia. Y ésta viene siendo, desde hace siglos tal vez, la esencial cuestión española. Si la incompetencia triunfaba en el vergonzoso pasado inmediato, ¿podrá impedirse su victoria en el inmediato misterioso futuro? Mientras este escollo no se salve, está en pie el conflicto, cuya angustia anunciara Angel Ganivet. Mientras este escollo no se salve, la llamada autoridad no es autoridad, no es más que fuerza. Fuerza que nada resuelve, que no hace más que agravar la confusión, estabilizándola, y petrificar la costra de

injusticia y hacerla más grave, por quitar, incluso, aquella posibilidad de remoción en que se concentra la esperanza en los hirvientes períodos revolucionarios.

La voz de Ganiwet y de los de su tiempo no cesará de clamar a nuestros oídos, y su protesta se mantendrá, mientras la satisfacción dada a su esfuerzo de reacción contra las variedades del siglo XIX no venga acompañada de un esfuerzo de reconstrucción que corresponda a su angustiada reclamación de realidades, a su deseo de cosas. Mientras—para insistir siempre en lo nuestro—la gran sed de España, la sed secular de España, no encuentre, en substitución de una Libertad, que era una copa vacía, una Autoridad que sea un pellejo deshinchado.

El "Oportet haereses esse", de San Pablo

Hacer, crear, construir. Llenar la concavidad formal de un derecho con la viva efectividad de una obra. ¡Sea siempre por ambición de esto, por impaciencia de esto, servidores de la Inteligencia, nuestra no conformidad! ¡Sea por esto y no por un vano trueque de signos, de liviano papel-moneda ideológico! Y que nuestras procesiones, procesiones de multitud o de minoría, con curso por calles céntricas o por arrabales, vayan siempre hacia adelante, nunca hacia atrás, prosigan y corrijan el esfuerzo de otros, no lo esterilicen, para regresar al pasado.

Y aquí, como en cualquier parte, como en todo, que la conformidad no quiera ignorar a la disconformidad, antes la recoja y encauce. Todo poder sensato se apoyará, sin duda, en la pasiva aquiescencia de los conformes. Pero todo poder lúcido se enriquecerá con la disconformidad activa de los inteligentes. La «conveniencia de que haya herejes», el gran principio de la filosofía paulina, encuentra en cada orden de fenómenos sociales, como en cada orden de fenómenos intelectuales, cumplida aplicación. Mala asamblea la que no conoce minorías. Mal gobierno el que no conoce oposiciones. Mala ética la que no conoce el mal y su influjo. Mala ciencia la que acepta e incluye en cierto sentido la posibilidad asertoria de la contradicción... Mala Universidad, añadamos, señores—recogiendo igualmente una de las significaciones más eminentes de este acto—la que por el hábito de un privilegio se recluye y encierra en la unidad de una tradición y no dé acogida también, en cada materia, en cada disciplina, al ejercicio de una disconformidad emuladora y creadora.

Me acuerdo de haber encontrado alguna vez ocasión de discutir las tesis de algunos espíritus que en Francia, con ser partidarios ardientes de la tradición nacional, han dado en empobrecer el contenido de ésta hasta ciertas formas de doctrinarismo muy flaco. Me acuerdo de haber discutido el libro de Pierre Laserre sobre la Sorbona. En nombre del pasado intelectual de la Francia, en nombre de la tradición de su Universidad, Laserre se creía autorizado a condenar los métodos de la Sorbona nueva, posiblemente—hablo del período inmediatamente anterior a la guerra—tocados de cierto germanismo. Pero, objetaba yo al crítico, ¿es que en Francia existe, por ventura, una sola tradición? ¿Es que esta tradición será la del espíritu clásico, y no, por ejemplo, la del espíritu gótico? ¿Será la tradición la Monarquía? Pero la Revolución, ¿no es ya una tradición francesa también? ¿No hay tradición que viene allí de San Luis, y otra que viene de los albigenses? ¿No hay la de Descartes y la de Pascal? ¿No hay la de las regiones vivaces, como la del Estado centralizado y perfecto?

Símbolo magnífico de esta doble tradición y de su aceptación y normalización tolerantes, me ha parecido siempre la existencia oficial de una institución universitaria como el

«Colegio de Francia» al lado de una institución universitaria como la Sorbona. Al lado quiere decir enfrente. Parece que el Colegio de Francia haya tenido por función y misión constantes alimentar, con su oposición a la Sorbona, el fuego magnífico de la no conformidad. Cuando la Sorbona se obstinaba en lo escolástico, nació el Colegio de Francia para el humanismo renacentista. Cuando, ya en el siglo XIX, la Sorbona se hizo el santuario de una filosofía oficial del espiritualismo de Cousin, el Colegio de Francia alimentó en su seno al naciente positivismo. Más tarde, se invierte la topografía ideológica de la función, se truecan los papeles. Es el Colegio de Francia quien alberga a cierta restauración espiritualista, a la de los Bergson y los Loisy, mientras que en la Sorbona continúan, más o menos adulteradas, con los Durkheim y los Levy-Bruhl, fluyendo las corrientes del positivismo...

El "Colegio de España"

Como Francia tiene el Colegio de Francia, España debe tener, tiene implícitamente el suyo. Hoy la Universidad ha reconocido al país este derecho—esta normalización trascendente de la función heroica de la no conformidad—al recibir con tantas honras, aquí donde la voz de tantos de los suyos se ha extinguido sin eco en lo futuro, a los despojos de aquel hijo suyo, cuya boca ya no tiene lengua, como diría Shakespeare, pero cuya enseñanza ha de perdurar por tantos años todavía, los despojos de aquel hijo suyo, que ella no supo hacer suyo.

Con esta solemnidad ha colacionado su grado, por decirlo así. Ha reconocido su jerarquía.

Saludemos, señores, al saludar la sombra de Angel Ganiwet, al [primer profesor del todavía latente «Colegio de España».

EUGENIO D'ORS.

(A. B. C. Madrid).

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo. Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS	Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.	SIROPE
REFRESCOS	Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale,	

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: ₡ 2.00.

El arte de no aderezar los restos

Si en la Universidad, y como tributo a las cenizas de Ganivet, habíanse, el sábado, suspendido *las clases*, no veo razón para que se interrumpieran, del mismo golpe, *las enseñanzas*. Ante cualquier conciencia un poco asistida por el sentido de las normas superiores, ninguna licencia oficial podía ser bastante, ni para abolir, en los unos, la exigencia implícita de lección, ni para absolver, en los otros, la estricta responsabilidad de magisterio.

Pero no cabe ejercer más alto magisterio ni administrar mejor lección, frente a una juventud ardorosa, congregada en una casa de ciencia, que los de un respeto impávido a la verdad. A la verdad que place o desplace. A la que sirve o estorba. A la que entusiasma o enfría. A la austera objetividad de las realidades. A lo que ellas son o han sido, con independencia de lo que a nuestros intereses o nuestras pasiones conviene que sean... No en la embriaguez báquica, sino en la austera crítica, cífrase el rito fundamental del culto, cuyas son, como templos, las universidades. Ni otro servicio cabe esperar de quien allí acude, no requerido como político o abogado—oficios avezados, al fin, a subrayar el valor pragmático de las causas—, sino a título de lo que llamaré amigo de la filosofía—ofrendando ahora la torpeza de un pleonismo al prejuicio y regateo corrientes—, olvidadizos de la genuina acepción de la voz filósofo, y de su valor socrático de modestia.

También, en ocasión de los honores universitarios, ofrecidos a Angel Ganivet, había una verdad que desentrañar, una verdad que decir. *Y ésta era doble*. De una parte, que la manifestación de la mañana del sábado, y aun la ceremonia de la tarde, presentaban, en su conjunto, un contenido, actualísimo y enérgico, de *no conformidad*, alimentado en un ambiente de fronda. De otra parte, que la figura y la obra del escritor glorioso—imparcial y lucidamente examinadas—, sólo podían ofrecer, con aquella no conformidad y su sentido, la mínima relación tangencial, nacida del hecho de ser no-conformista y subversivo—ya en sí mismo, por encima de las ideas, que le inspiren—, cualquier ejercicio independiente de la Inteligencia... Y la doble verdad que había que decir, yo creo que la dije. Integra, sin desfallecimiento ante la coerción; y esto, después de todo, no era demasiado difícil. Sin desfallecimiento ante el halago; y esto ya costaba un poco más... Que tal corazón no rendido al chasquear del látigo de la amenaza, se rinde, por ventura, al redoblar de los tambores del aplauso.

Mi sentimiento ante algunas insinuaciones, que he sabido posteriormente producidas, con algo de cuita, tal vez con un punto de reproche por lo que pudo torcidamente interpretarse, como rápida mudanza de ánimo—o siquiera de tono—, en mis palabras del Paraninfo, no alcanza, pues, al punto de lamentar un efecto, que si, desde lo interior, el impulso de mi voluntad ordenaba, desde lo alto, un imperativo de probidad exigía. Cien veces volviera a encontrarme en la coyuntura, cien veces quisiera decir lo mismo y del mismo modo. Huyendo igualmente de la cobardía de escamotear la tendencia del acto, que de la impiedad de falsificar el mensaje del muerto... No había sido el muerto ni lo que se llama un progresista, ni lo que se llama un demócrata, ni lo que se llama un liberal. ¿Por qué, pues, íbamos a empeñarnos, con escandaloso olvido de la moralidad científica impuesta por el carácter de la tribuna donde se hablaba, en *fabricar* un Ganivet a nuestro gusto, un Ganivet de convicción pragmática y de mentira? ¿Por qué no convocar su sombra para adular a la sombra del Parlamento—de lo que hizo aquí las veces de Parlamento—, y utilizar la presencia de unos puros despojos para mezclarlos con los mancillados despojos de la Constitución?

¡Cultive, en buena hora, la cocina burguesa el arte de aderezar los restos...! A mi entender, lo que la milicia intelectual debe aprender en primer término—y practicar con valor de norma, ante el ávido mirar de las juventudes—es, precisamente, *el arte de no aderezarlos*.

EUGENIO D'ORS

(A. B. C., Madrid).

Angel Ganivet

RECIBE España los restos mortales del admirable pensador granadino.

¿Qué fué Ganivet? Fué uno de esos hombres que, como Costa, como Unamuno, desechando tópicos de Manual, se preguntaron ardientemente: ¿Qué es, en verdad, nuestra España?

¿Cuál es, no su pasado muerto, sino... tradición viva? ¿Cómo es hoy, en realidad, nuestro pueblo? ¿Qué podemos y debemos ser mañana?

Patriotismo vigilante. Patriotismo, a veces, dolorido. Patriotismo fecundo.

¿Fué avanzado o tradicionalista el autor del *Idearium español*? Releo ahora esas páginas que el soñador de la fuente del Avellano escribió entre las nieblas melancólicas del golfo de Finlandia. ¡Cuán difícil es encajarlo en una casilla! Pero Ganivet, eso sí, fué lo más avanzado que se puede ser en el mundo, y, sobre todo, lo más avanzado que se puede ser en España: un pensamiento libre.

Fué un espíritu original, que observaba con sus propios ojos y elaboraba en la cripta de su propia alma su propia verdad. Nadie odia más la grey que un corazón disidente. Pese a nuestra fama de individualismo, hemos tenido muy pocos pensadores libres. El individualismo no debiera ser externo: insolidaridad social, sino interno: libertad de juicio. Los pueblos de conciencia más libre son los de mayor organización colectiva.

¡Singular personalidad la de Angel Ganivet! Ni pensó como los demás, ni escribió como los demás, ni vivió como los demás, ni murió como los demás... ¡Descanse, al cabo, junto a los nativos cármes, en la paz que la vida le negó! ¡Que sus cenizas traigan, por el contrario, a la tierra patria la espiritual inquietud de las almas libres!

LUIS DE ZULUETA

(La Libertad, Madrid).

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación,
Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCÍA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	\$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5 % de descuento. En el anual, un 10 %.

Ganivet en España

Al llegar los restos

EL alcalde de Granada, *la bella*, ha rogado al de Irún, «que se haga cargo de los restos de Angel Ganivet, en nombre de aquel Ayuntamiento». No era hombre de prejuicios, Ganivet; las cenizas, ceniza son. Si él puede verlas llegar a la Aduana y detenerse en la frontera como una mercancía, quizá facilite la tarea del delegado oficial, ayudándole a buscar la correspondiente casilla del Arancel. Su espíritu estaba bien familiarizado con estos trámites y con estas gestiones.

Pero el alcalde de Granada avisa un poco tarde. ¿Será todavía tiempo para que vaya alguien más que el funcionario irunés encargado de cumplimentar el ruego? Ahora sabemos que los restos fueron expedidos de Riga a mediados de febrero. Llegaban al Havre hace una semana. Acaso están ya en la estación de Irún. Con la sencillez y modestia que usó en vida, Ganivet habrá vuelto de incógnito a esta España que tanto amó. Si todavía es tiempo, vaya, por lo menos, a recibirle alguien que comparta con el pueblo granadino ese deber, en nombre de sus compañeros y de su España, que es la nuestra. Hay en Madrid—a pesar de todo—un Ateneo. Puede abrirse tregua para que al pasar las cenizas de Ganivet, recordemos su obra. Será preciso improvisar una vez más, después de haber esperado el cuarto de siglo, y esto tampoco le sorprendería al espíritu creador de *Pío Cid*, que conocía tanto a su patria.

Igual está que estaba—podrá decir—. España es la misma del 98. Por más de un concepto, vale la pena de volver sobre esta afirmación, y demostrarla; pero hoy nos detendríamos, inevitablemente, a comparar el Ganivet del 98 con el Ganivet de hoy. Es su propia figura la que nos interesa. Figura un poco ruda y bronca. Traída a nuestra convivencia social, dentro de nuestras tertulias, comercios y amistades, destacaría con demasiada personalidad y no tardaría en salirse, dejándonos la impresión de habernos codeado con una estatua. Tampoco era blanda cera la complexión de otro hombre del 98: Costa; ni D. Miguel de Unamuno se diferencia mucho de ellos. ¡Mal modelo de cortesanos! Aristas rígidas, hirientes; maneras francas, pero no efusivas, ni íntimas; pensamientos personales, por regla general intrasferibles... La España de esa época va dibujándose ya como fondo de las tres siluetas. Las demás se borran—o fueron siempre borrosas e indecisas—, y sólo hay otra que se acusa cada vez con más energía: la silueta enhiesta de D. Ramón del Valle-Inclán. Costa, Ganivet, Unamuno, Valle-Inclán: éstos son los hombres que no crearon el 98, pero lo previeron o lo enjuiciaron. Su obra está impregnada de la sal amarga de esa fecha, y aunque, por valoración literaria, cada cual tendrá su lugar separado, una razón histórica los unirá siempre.

Siento haberme dejado llevar, sin necesidad y contra mi propósito, del criterio que ya tengo formado de antemano. Otros juicios interesarán más. Al llegar los restos de Ganivet, serán muchos los españoles que lean por primera vez el Ideario, las Cartas, las novelas. Otros volverán a buscarlas para refrescar lecturas no muy lejanas. Y habrá también quien le someta a la terrible revisión que cae fatalmente sobre los prestigios mejor fundados. El público ha seguido respetando la fama de Angel Ganivet, pues sus libros se venden hoy más que cuando murió. Pero leído ahora, en frío, con intención crítica, ¿ha ganado? ¿ha perdido? ¿Qué resta hoy en pie del Ideario de Ganivet? Yo espero, confiado, que con ocasión del homenaje, su personalidad literario crecerá. Esta confianza es fundada, y no faltará ocasión de verla. Hoy empieza, en realidad, ese trabajo de revisión que han de hacerlo otros.

Los libros son pocos, lo cual más favorece que perjudica, si ofrecen variedad de géneros, como ocurre en este caso. Andan ya por el mundo, con vida propia, las ideas de Ganivet, y las creaciones de *Pío Cid*. Tienen una simpatía y una fuerza de atracción singulares, que nace de ellos mismos, pero también de la extraña y enigmática personalidad de su autor y de sus misteriosa muerte. ¿Qué dice aquel pavoroso testamento que sus deudos y amigos no se atrevieron a publicar? ¿Cuál fué la razón de su locura?

Los libros y el espíritu cruzarán toda España al mismo tiempo que sus restos. No se esfuma tan fácilmente como una sombra pasiva y dócil, este español del siglo XIX, que tuvo grandes ambiciones de gloria y presencié la ruina de todos sus sueños. Para los que no podemos leerlos sin evocar sentimientos de la juventud, los libros bastan. En Granada o en Riga, Ganivet descansa en paz. Para mí, que no puedo desprender la historia de hoy de la fecha en que Ganivet puso fin a su vida, el paso de sus restos me parece continuación de aquella dolorosa faena con que la España del 98 liquidó su destino. Ganivet vuelve. Es el último repatriado.

LUIS BELLO

(De *El Sol*, Madrid).

El personaje del drama

Primacía de Ganivet

IREMOS todos, con los estudiantes, a recibir a Ganivet. Esta efusión mostrada por escolares, universitarios, encierra un símbolo feliz. El autor del *Idearium español* era, al morir, un estudiante. El estudiante no ha tomado partido. Trabaja, estudia. Su acción, puramente intelectual, puede darle un criterio para llegar a la otra acción; pero no será ya como estudiante, sino como ciudadano, como soldado que entra en fuego si el deber le obliga. De aquí la extraña impresión que nos causa ver cómo se organizan grupos—futuros *fascios*—de «estudiantes católicos», y la resignación con que aceptamos el avance de otros grupos de «estudiantes liberales». Ganivet, que estudió siempre; hombre de libros, de ideas, *intelectual*, no hubiera militado en ninguno de esos grupos. Si ahora le reclamamos nosotros, y si los de enfrente quieren recortarle las alas para meterle en su corral, es porque hemos vuelto a apasionarnos en una lucha que nos divide. Con estar, en el tiempo, tan cerca de nosotros, ocurre con Ganivet lo que con los Santos Padres: todos los predicadores podemos separar en su obra ideas útiles para nuestro sermón.

Se olvida que Angel Ganivet, español de una pieza, llevaba dentro de sí mismo toda la guerra civil; como en el espíritu libre de Quevedo iba, larvada, toda la guerra religiosa. Su españolismo fué, quizá, demasiado rudo en la expresión y en el acento, lo cual puede haberle dado apariencia tosca para algunos intelectuales de hoy que estiman con exceso el pulimento y el bruñido en la mano de obra. Le faltó el arte de la composición. Fué, ante todo, exuberancia, fuerza, espontaneidad. Así como se trata de clasificarle en uno u otro hemisferio político, puede también confinársele al otro lado del 1900, con Valera y *Clarín*, con Pereda, Alarcón y Galdós. Pero eso, ¿sería justo?

No. Conviene impedir tales abusos de arbitrariedad, y, en este caso, los libros defenderán su causa. No una frase, ni un párrafo, ni una página bastarán a darnos todo el espíritu contradictorio de Ganivet. Su ideario, muchas veces, no es tanto suyo como de España. Son ideas del pueblo, y por conocer su fuerza, las debe aceptar. Además, un hombre de ideas no

cabrá nunca en la fracción o partido a que se acoja. Creer que el programa de cualquier agrupación política es capaz de limitar y definir a un «productor» de pensamiento, es imaginar un viceversa. Cuanto más fuerte sea su personalidad más rebotará del programa. Por eso la originalidad le está permitida al pensador, y al partido político le está vedada. Lo cual, por ser cierto y por haber sido probado muchas veces, tiene gran número de consecuencias.

Hemos hablado de la injusticia que se cometería con Ganivet si le excluyéramos de nuestro siglo xx. ¿Por qué? Porque Ganivet fué el primer escritor que teniendo temperamento dramático, pasional, eligió cierto personaje, cierto protagonista para su tragedia. Ese personaje está en escena todavía, y es España.

No parece único el caso. En naciones nuevas o consumidas por una crisis lenta, honda, hemos visto encarnarse la patria en las mejores creaciones de sus escritores. No hay un solo autor ruso—desde los grandes, como Tolstoi y Dostoiewski hasta los discretos como Turguenef y Andreief—que no deje asomar entre la muchedumbre de sus criaturas el personaje que les atormenta: Rusia. Pueblos de destino menos tormentoso han tenido asimismo su largo período de autocrítica. ¿Cuántos años pasó Bélgica dándole vueltas al *alma belga*? Todos los nacionalismos han comenzado así, y todas las grandes caídas han sugerido iguales sentimientos, igual preocupación en el análisis de cualidades y defectos. Lo que en un lado es ímpetu, deseo de acción, en otro es remordimiento, propósito de enmienda. En eso nos diferenciamos todavía del indio, que se entrega y sueña, contentándose con liberar el alma, para otras vidas.

Todas las cartas y las obras de Ganivet muestran una hora, un gesto, un rasgo de carácter de España, como ensayista, como novelista y aun como poeta—no le olviden los compañeros del *P. E. N. Club*;—fué España su pasión exclusiva y frenética. ¿Puede imaginar nadie en la Inglaterra o en la Francia contemporánea un escritor de cerebro sano que viva sometido a semejante obsesión? La hipótesis de que un autor de ese tipo arrastrara núcleo de lectores es completamente inadmisibile. Y por serlo, muchos espíritus alejados en su vida intelectual de la tierra en que viven—ciudadanos del amplio mundo—dijeron adiós hace ya tiempo a las sombrías alucinaciones de *Pío Cid*. Sólo cuando la realidad les trae a mandamiento piensan que el personaje del drama no ha adelantado un paso. Pero les cuesta violencia reconocerlo. En el fondo sienten cierta confusión y temor del ridículo, como un hombre ya en edad madura, atacado de sarampión. Volver a la infancia, y volver para sufrir dolencias olvidadas en todo pueblo culto, es depresivo y humillante.

Pero así es. Así vivimos. El personaje trágico está con nosotros. Acompañará hoy los restos de Ganivet, como un fantasma, y será inútil aparentar que no le vemos.

LUIS BELLO

(*El Sol*, Madrid
28 de marzo, 1925).



Pastorelas

1

Es el disanto alegre de San Isidro. Aldeanas
cándidas y sencillas fórman alrededor
de la caduca abuela que con voces arcanas
salmodia sus consejas de otro mundo mejor.

Vibran sonos de flautas en las lindes lejanas;
su rebaño atrasado acucia algún pastor
con voces resonantes y cerca a las solanas
un raposo al acecho ronda hocico avizor.

Las mozas suspirantes se apretujan de miedo,
y al proseguir los cuentos se va estrechando el ruedo;
un susurro meléfico finge el viento burlón.

La vieja sabedora ríe de su quimera,
y en el claro de luna tiembla y pasa ligera
la sombra ultraterrestre de una blanca visión.

2

—Santas y buenas tardes—dice la moza albina.
—Muy buenas y muy santas nos las dé siempre Dios—
el ventero responde con su voz cantarina
que tiene un timbre alegre de campana menor.

El vapor sonrosado de la luz ponentina
dora los arbolados con primitiva unción;
es la hora del aprisco y el rebaño se hacina
a la puerta vetusta del rústico mesón.

—A la paz de Dios vivan—salmodia un ciego aldeano,
y las voces coreadas balbucen:—Buen hermano,
que Él os haga compañía. Torna el mendigo a andar.

Suena la esquila; un asno pace muy gravemente
el ronzal arrastrando y en su mirar doliente
tiembla el ámbar dorado de la puesta solar.

EDMUNDO VELÁZQUEZ

San José, Costa Rica.

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

LA COLOMBIANA

Sastrería

Francisco Gómez Z.

La mejor en su clase. Ultimos estilos

Trabajos modernos

Calle del Tranvía.—Frente a la tienda Kepfer.



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

El ejemplo y el patronaje de Palissy

Cualquier trabajador puede tener por patrón a Bernardo Palissy, el gran artesano. Este es quien mejor llegó a la grandeza, y llegó a las más elevadas maneras de ser que se alcancen en el mundo: magnífico artista, sabio inventor, maestro de ciencia, escritor de nombradía, hombre de sociedad, a su manera, y aun de sociedad cortesana y selectísima, y héroe de la vida religiosa, ejemplo y espejo de conciencias, sin dejar nunca de ser artesano—pero precisamente por serlo siempre y por haber realizado bellas invenciones dentro de su oficio, y llevado el mismo a una perfección soberana. El no mudó de menester más que lo necesario para pasar de artesano en vidrios de color, que fué en sus comienzos, a artesano de la cerámica, que fué más tarde, y que continuó siendo toda su vida. Pero, puesto en menester de ceramista, se elevó del trabajo de la fayenza al de la porcelana. Y volvió a encontrar el secreto de las pastas más finas y gentiles, secreto que habían poseído los chinos y se había perdido más tarde. Trabajaba en un horno para cocer sus tierras, y allí siempre buscando, siempre buscando, encontró al fin. Como no conocía otro afán que el de esas invenciones, tuviéronle sus vecinos por orate acabado. Un día, como practicase una de sus cocciones, quemó el techo de la casa. El y los suyos pasaron por largos años de miseria. Triunfó por fin: fabricó las pastas más bellas que jamás hubiesen visto ojos de hombre en tierras de Occidente. Entonces fué cuando aun, de inventor, subió a artista. Dió vida, en las materias por él mismo inventadas, a mil perfectas obras de arte. Las decoraba con las figuras de los animalillos más variados: caracoles, lagartos, peces coloreados que lucían en maravillosos reflejos. Para cumplir este trabajo, el artista quiso ser más aún: quiso ser sabio, y estudió aplicadamente la naturaleza y las ciencias de la naturaleza. Y después fué, además, escritor, porque redactó en forma sabrosa las reglas de su arte y su proyecto de embellecimiento de jardines y los recuerdos de su vida. Y a los cabos de ésta se hundió en la Biblia, y, como era tiempo de luchas religiosas en Francia, Bernardo Palissy fué perseguido por su fe y le encerraron en un castillo, y así, por su fe, fué mártir. Como desde hacía algún tiempo frecuentaba la Corte y el rey le tenía cariño, acudió éste a visitarle en la prisión, y parece (y esto lo dice, si no la historia, la buena leyenda) que le ofrecía la libertad a precio de una abjuración, aunque sólo fuese aparente, de su creencia. La contestación de Palissy fué digna de su perfecta conciencia de artesano. Rehusó altivamente. Porque había trabajado

su conciencia como una de sus obras de arte. Y no por dinero las hacía, sino por amor a su oficio, y a la perfección de su oficio y a los resultados de su oficio.

...El ejemplo y el patronaje de Palissy pueden darnos a todos la lección esencial de llevar amor y espíritu al propio oficio, para darle así dignidad más alta...—Y a ti, hijo mío, porque me escuchaste tan reposadamente; porque no separaste de las mías tus manos, y porque has mirado, con un poco de extrañeza nada más, salir las palabras de mi boca; ahora que se acerca Navidad, y se alegra nuestra ciudad con la llegada de la feria de Santa Lucía, yo te compraré una pequeña obra de artesano humilde, una de esas primitivas figuras de Nacimiento que allí se mercan. Habrá en ella unas ocas y un puerco, y un leñador con su gorro, y una viejecilla sentada, hilando la rueca. No tendremos en ella una obra de arte de la tierra, de perfección comparable a las de Bernardo Palissy. Pero su desconocido autor acaso sea un enamorado y un enternecido por la propia faena.

EUGENIO D'ORS

(Aprendizaje y Heroísmo,
Madrid).

Un predicador de lujo

El padre Samamé, de la orden dominica, en treinta años que tuvo de conventual no predicó más que una vez; pero esa bastó para su fama. De lo bendito poquito.

Lo que voy a contar pasó en la tierra donde el diablo se hizo cigarrero, y no le fué del todo mal en el oficio.

Huacho era, en el siglo anterior, un villorrio de pescadores y labriegos, gente de letras gordas o de poca sindéresis, pero vivísima para vender gato por liebre. Ellos, por arte de birlibirloque o con ayuda de los polvos de pirlimpimpim, que no sabemos se vendan en la botica, transformaban un róbalo en corvina y aprovechaban la cáscara de la naranja para hacer naranjas hechizas.

Los huachanos de ahora no sirven, en punto a habilidad e industria, ni para descalzar a sus abuelos. Decididamente las razas degeneran.

A los huachanos de hoy no les atañe ni les llega a la pestaña mi cuento. Hablo de gente del otro siglo y que ya está criando malvas con el cogote. Y hago esta salvedad para que no brinque alguno y me arme proceso, que de esas cosas se han visto, y ya estoy escamado de humanas susceptibilidades y tonterías.

Aconteció por entonces que, aproximándose la semana santa, el cura del lugar hallábase imposibilitado para predicar el sermón de tres horas por causa de un pícaro reumatismo. En tal conflicto, escribió a un amigo de Lima, encargándole que le buscara para el Viernes Santo un predicador que tuviese siguiera dos bes, es decir, bueno y barato.

El amigo anduvo hecho un trotaconventos sin encontrar fraile que se decidiera a hacer por poca plata viaje de cincuenta leguas, entre ida y regreso.

Perdida ya toda esperanza, dirigióse el comisio-

nado al padre Samamé, cuya vida era tan licenciosa, que casi siempre estaba preso en la cárcel del convento y suspenso en el ejercicio de sus funciones sacerdotales. El padre Samamé tenía fama de molondro y, no embargante ser de la orden de predicadores, jamás había subido al púlpito. Pero si no entendía jota de lugares teológicos ni de oratoria sagrada, era en cambio eximio catador de licores, y váyase lo uno por lo otro.

Abocóse con él comisionado, lo contrató entre copa y copa, y sin darle tiempo para retractarse lo hizo cabalgar, y sirviéndole él mismo de guía y acompañante salieron ambos caminito de Chancay.

Llegados a Huacho, alborotóse el vecindario con la noticia de que iba a haber sermón de tres horas, y predicado por un fraile de muchas campanillas, y traído al propósito de Lima. Así es que el Viernes Santo no quedó en Lauriama, Huaura y demás pueblos de cinco leguas a la redonda bicho viviente que no se trasladara a Huacho para oír a aquel pico de oro de la comunidad dominica.

El pabre Samamé subió al sagrado púlpito; invocó como pudo al Espíritu Santo, y se despachó como a Dios plugo ayudarle.

Al ocuparse de aquellas palabras de Cristo, *hoy serás conmigo en el paraíso*, dijo su reverencia, sobre poco más o menos:—A Dimas, el buen ladrón, lo salvó su fe; pero a Gestas, el mal ladrón, lo perdió su falta de fe. Mucho me temo, queridos huachanos y oyentes míos, que os condenéis por malos ladrones.

Un sordo rumor de protesta levantóse en el católico auditorio. Los huachanos se ofendieron, y con justicia, de oírse llamar malos ladrones. Lo de ladrones, por sí solo, era una injuria, aunque podía pasar como floreo de retórica; pero aquel apéndice, aquel calificativo de *malos*, era para sublevar el amor propio de cualquiera.

El reverendo, que notó la fatal impresión que sus palabras habían producido, se apresuró a rectificar:—Pero Dios es grande, omnipotente y misericordioso, hijos míos, y en él espero que con su ayuda soberana y vuestras felices disposiciones, llegaréis a tener fe y a ser todos, sin excepción, buenos, muy buenos ladrones.

A no estar en el templo, el auditorio habría palmoteado; pero tuvo que limitarse a manifestar su contento con una oleada que parecía un aplauso. Aquella dedada de miel fué muy al gusto de todos los paladares.

Entretanto, el cura estaba en la sacristía echando chispas, y esperando que descendiese el predicador para reconvenirlo por la insolencia con que había tratado a sus feligreses.

—Es mucha desvergüenza, reverendo padre, decirles en su cara lo que les ha dicho.

—¿Y qué les dije?—preguntó el fraile sin inmutarse.

—Que eran malos ladrones...

—¿Eso les dije? Pues, señor cura, ¡me los mamá!

—Gracias a que después tuvo su paternidad el tino suficiente para dorarles la píldora.

—¿Y qué les dije?

—Que andando los tiempos, y Dios mediante, serían buenos ladrones...

—¿Eso les dije? Pues, señor cura, ¡me los volví a mamá!

Y colorín, colorado, aquí el cuento ha terminado.

RICARDO PALMA.

(Tradiciones peruanas.
Calpe. Madrid).

Drama nocturno

El niño duerme y en su frente pura
son los bucles de humo vagoroso y dorado,
y en la mano de rosas asegura
el sonajero de reir cansado.
En la alcoba infantil, como en un nido,
cubierta con el ala la pensativa frente,
el Angel de la Guarda se ha dormido;
mas la luz de sus ojos dulcemente
atraviesa los párpados y el ala.

Como un río de seda el silencio resbala.
En la estancia contigua,
como sabe que nadie puede oírlo
el cucú del reloj canta la antigua
canción que en Nurenberg cantaba un mirlo.

De pronto salta un duende por la abierta ventana
y trota hacia el espejo con trote de ratón,
tiene los pies de lana
y en la mano un pedazo de carbón.
Adopta una postura lo más ceremoniosa
ante el espejo, luego se hace un guiño
y ríe con su risa feliz de anciano niño
que le llena de oyuelos las mejillas de rosa.
Después en la pared más ancha de la alcoba
con el trazo infantil de su carbón dibuja
una imponente bruja
cabalgando en su escoba.
Una bruja que tiene feas patas de cabra
y un mochuelo posado sobre el hombro;
y ríe locamente pensando en el asombro
que va a tener el niño cuando los ojos abra.

Mas ya despertó el Angel y en vuelo de paloma
ha llegado hasta el duende que asustado lo mira;
con sus dedos de plata por el cuello lo toma
y sobre el césped del jardín lo tira...
Y sonríen sus labios con sonrisa indulgente,
mirando huir al duende con la mano en la gorra...
Entorna la ventana, suspira dulcemente,
y con el ala blanca la bruja negra borra.

CONRADO NALÉ ROXLO

Rep. Argentina.

